





LO VIEJO Y LO NUEVO

POR JORGE EDWARDS

FEDERICO GANA (III)

Para resumir el cuento del parcelero (y sin rehuir el estilo de los contadores antiguos de historias, sin complejos frente a la vanguardia): el hombre, al regresar después de almuerzo, redujo el precio de su parcela a cerca de la mitad. A la hora de onces, iba por la tercera parte. Al anochecer había vendido en seiscientos mil pesos: cincuenta mil en billetes, que se dispararían esa noche en los lugares de mala reputación de los alrededores, y el resto en un cheque pagadero a la mañana siguiente.

Cobró en la ventanilla del banco después de las doce del otro día, con el cuerpo bastante malo, manos temblorosas, dolor de cabeza, ojos hinchados, y fue a sentarse con el fajo de billetes, conmovido, alterado en sus fibras más íntimas, debajo de un árbol de la plaza. Mi ignorancia de la botá-

nica me impide nombrar el árbol. Por lo demás, aunque proclamé mi liberación de la vanguardia, equivalente a una liberación de la tiranía teórica, no tengo intenciones de convertirme en escritor naturalista. No pretendo, tampoco, volver al pasado. Abro el libro de la señora Hoffmann, "Flora silvestre de Chile, zona central", y escojo el maitén. "Árbol siempreverde, con ramas colgantes, glabro, de 3 a 15 metros de alto. Hojas alternas, simples, pecioladas..."

Mi decisión está tomada. El parcelero del cuento se sentó debajo de un maitén, en un asiento de madera resquebrajada y desteñida, con el fajo de billetes en las manos cuyo temblor no se apaciguaba. Se sentía enfermo, cubierto de sudor frío. Le había contado a su mujer que había vendido bien, pero no le había dicho en qué, y ahora, con el gasto de la noche, al que habían contribuido con diligencia amigos improvisados y señoritas de labios de color lila, uñas largas, perfumes insólitos, tendría que confesar una suma todavía menor. Miraba las ramas colgantes del maitén, con sus hojas lanceoladas o elípticas, de borde aserrado y nervadura marcada, y no encontraba consuelo. Las hojas del maitén permanecían mudas, estólicas, recorridas por movimientos de pájaros cuyos nombres también desconozco. Quitó la vista de las hojas lanceoladas, imaginándose con disgusto, con mal sabor de boca, las imprecaciones de su vieja, y vio a dos mujeres de aire compasivo, solícitas.

"¿Quiere que lo ayudemos a guardar la plata?", preguntaron las mujeres.

Esa pregunta es lo único que Segundo recuerda con precisión. Después de la pregunta vino un parloteo mangador, incansable, acompañado de abundantes gestos y agitación de las manos. El parcelero no supo, en un momento determinado, si las mujeres eran brujas o almas piadosas. Sólo supo que terminó por entregarles el fajo de billetes, con excepción de dos, que le sirvieron para almorzar en compañía de un conocido y para consumir dos botellas de vino San Pedro.

"Almuerce tranquilo, no más", dijeron las mujeres. "Nosotras le cuidamos su platita."

Promedieron esperarlo a las tres de la tarde en punto, en ese mismo banco, y acompañarlo con los billetes hasta la puerta de su casa, para que no fuera a tener sorpresas desagradables. Volvió a las tres de la tarde, un poco marcado por las libaciones, que habían caído sobre terrenos abonados la noche an-

terior, y el banco, bajo la sombra del maitén, estaba perfectamente vacío. Segundo experimentó una súbita purgada, una rápida desesperación. Comprendió de inmediato que las mujeres, brujas en lugar de santas, demoníacas en el manejo de la lengua y de las manos, descendidas en ese rincón de la plaza por obra del negro destino, tras de haber cabalgado kilómetros en sendas oscuras, lo habían saqueado.

"Espere un poco", le dijo su acompañante. "¡No sea pesimista!"

Pero el propio acompañante, al cabo de cinco minutos, se aburría de acompañarlo, y él entendió que ése era el signo definitivo de su desgracia.

"¿No me podría vender un vasito suelto?", le dijo al mesonero, con la lengua medio trabada.

"Váyase a dormir, mejor, don Segundo", le dijo el mesonero.

"A dormir..." La boca abierta, los ojos redondos, estupefactos, vacíos. Se tuvo que aferrar al mesón con las dos manos, porque le faltaba un punto de apoyo sólido en la tierra.

Suponemos que la señora, a todo esto, armada de una tijera para podar rosas, comentaba: "Si no me vende la parcela a mí, se la vende a cualquier otro, por la mitad del precio, y lo más probable es que las tierras sigan abandonadas, criando maleza. A mí me tomó en mal momento, pero había que hacer un sacrificio y comprar, ¿entienden?"

Los jóvenes hacen gestos de asentimiento. Los jóvenes de ahora son mucho más razonables. Entienden. No son como los jóvenes que escribieron, en los salones abandonados de las casas patronales, sobre las poderosas vigas, en truculentas letras de color rojo sangre: "Volveremos".

"¿Volverán?", preguntó, al visitar el caserón desierto, húmedo, con evidentes pretensiones de solar castellano: "¿Quiénes? ¿Los de antes de? ¿Los de después?"

Los jóvenes sonríen. Tengo, en mi calidad soberana de autor del texto, derecho a inventar un maitén de Adriana Hoffmann, una señora de un Federico Gana hipotético, unos jóvenes, ¿de quién, de Cristián Huneeus, de José Donoso? Los jóvenes sonríen y discuten con parsimonia. Uno sostiene que las letras rojas son anteriores a 1970. Otro afirma, convencido, que son de septiembre de 1973. Otro cuenta que la señora, en la tarde, encontró a Segundo en el asiento del rincón de la plaza, debajo del maitén, llorando a mares, con la cabeza hundida entre las manos.

Poulo. 391. SDO. 28-XII-1982. 67-5829

Federico Gana (III) [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Federico Gana (III) [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile